



DEGUSTACIÓN DEL TERRITORIO:

Los paisajes del Rioja

TEXTO: Teodoro Lasanta Martínez

Los paisajes del viñedo tienen un valor especial en el mundo rural por su carácter de cultivo permanente. Frente a los cultivos herbáceos, la vid ocupa la misma parcela durante decenios y liga a su cuidador a la tierra más que ningún otro cultivo, moldeando así un paisaje extraordinario.



Viñedo en espaldera.



La contemplación de un viñedo evoca un paisaje especial, por sus formas diversas y cambiantes, por su disparidad y contrastes, y también por su valor y significado agronómico, económico, social, cultural y sentimental. Los viñedos son una suma de formas ordenadas y moldeadas por los trabajos y los días, aunque también nacidas de la naturaleza y de la diversidad del medio, que multiplican la variedad de cepas y viñedos.

VINO Y PAISAJE: LOS PRODUCTOS DEL VIÑEDO

La producción de vino ha sido y es el pilar económico de muchas regiones vitivinícolas en el mundo, entre las que se incluye La Rioja. Sus viñedos hoy se desarrollan en las tierras llanas del valle, sobre glaciés y terrazas. En el pasado también remontaban por las vegas estrechas de los ríos y se encaramaban por las laderas de la Sierra. Los viñedos tradicionales se localizaban en suelos poco fértiles y espacios agrícolas marginales: glaciés altos, interfluvios, laderas de contacto entre niveles de acumulación, morfologías convexas o regularizadas y pies de vertiente. Eran viñedos concentrados, unas veces en pagos casi dedicados exclusivamente a viñas y en otras ocasiones en campos

que se dispersaban en el territorio. Viñedos siempre en parcelas diminutas, fruto de la heterogeneidad topográfica y de la partición por las herencias.

Sin embargo, en las últimas décadas, el Rioja vive un intenso proceso de modernización impulsado por la demanda del mercado, las exigencias de su Denominación de Origen y la legislación de las últimas Organizaciones Comunes del Mercado Vitivinícola (Reglamentos 1493/1999 y 479/2008), que abogan por la mejora de la competitividad de los vinos europeos en los mercados internacionales. Las medidas puestas en marcha son de distinta naturaleza, si bien algunas tienen clara repercusión sobre los paisajes vitivinícolas:

—La intensificación productiva, que ha impulsado el traslado del viñedo a las tierras más fértiles, la utilización de variedades de vid más rentables y el empleo del regadío.





—La modernización de las explotaciones a partir de la mecanización, lo que lleva asociado nuevos marcos de plantación (para facilitar el laboreo del tractor) y la readaptación varietal. Los resultados más visibles son la sustitución del marco tradicional por el marco real y la aparición de los viñedos en espaldera.

—La desaparición del viñedo poco competitivo y sin continuidad familiar, lo que ha ocasionado la concentración de las viñas. Frente a una malla de pequeñas parcelas de viñas intercaladas entre campos de cereales, ribazos, hileras de almendros en los márgenes y, en ocasiones, una pequeña casetilla semi-excavada en un poyo; hoy observamos un paisaje de parcelas unidas y sin márgenes definidos para facilitar los giros del tractor, que no pocas veces dan lugar a un monocultivo y un paisaje homogéneo, una especie de “mar de viñedos”.

De forma paralela a las transformaciones señaladas, se demandan nuevas funciones a los paisajes vitivinícolas, porque la vitivinicultura es agricultura e industria, pero también es cultura, simbología, sociedad e innovación.

La vitivinicultura es agricultura e industria, pero también es cultura, simbología, sociedad e innovación: de ahí que las bodegas hayan diversificado su oferta, incorporando tanto la hostelería como el turismo

De ahí que las bodegas hayan diversificado su oferta, incorporando tanto la hostelería como el turismo.

El atractivo turístico de las regiones vitivinícolas recibió un fuerte impulso tras el reconocimiento por parte de la Unesco de algunos paisajes del viñedo como patrimonio mundial, por reflejar “la acción conjugada entre la naturaleza y el ser humano”. Desde 1997, la Unesco ha declarado seis regiones vitícolas como Patrimonio de la Humanidad, y en otras cinco considera el paisaje del viñedo como un activo importante para su inclusión entre tales



Un viñedo tradicional.



Pocos espacios combinan tan bien como los viñedos los aspectos naturales, históricos, funcionales y culturales del territorio y de la sociedad que lo ha gestionado a lo largo del tiempo

espacios. En cada una de las regiones elegidas se reconoce la importancia del paisaje y la cultura del vino. Su reconocimiento ha traído un flujo turístico que genera desarrollo en la región.

El vino, por tanto, se expande a otros ámbitos socio-económicos y, entre ellos, el turismo se convierte en uno de los prioritarios. En un primer momento, el turismo del vino (enoturismo) se identificó con actividades ligadas a su cata, su producción e incluso sus festividades; su pretensión principal era vender vino y promocionar las bodegas. Pero ha evolucionado rápidamente, extendiéndose a otras actividades de ocio y tiempo libre: contemplación de los paisajes de viñedo, conocimiento de la vid (variedades, tipos de plantación, tareas del calendario anual, etc.) y comprensión global del territorio y la cultura del vino.

La visita a la bodega, para contemplar la arquitectura y conocer la elaboración del vino, constituye una actividad esencial del enoturismo. Para incrementar su atracción, desde los años noventa del pasado siglo, las grandes bodegas realizan edificios diseñados por arquitectos de renombre. Buscan el “espectáculo arquitectónico” y mostrar el vino como un producto de élite, de firma prestigiosa, de autor; un producto de alto valor agronómico y económico demandado por un mercado exigente. De alguna manera se quiere borrar la imagen de la modesta bodega tradicional, agrupada



Cromatismo del viñedo.

en barrios de bodegas, y de un producto sin marca y sin etiqueta, un caldo pastoso y de escasa graduación, elaborado con uvas entremezcladas de distintas variedades, que ofrecían un vino afrutado en el anonimato de un viticultor que mantuvo su viña para elaborar su vino de consumo doméstico.

El paisaje de los viñedos capta cada día más adeptos, especialmente en otoño por su elevada gama cromática. El visitante busca el paisaje y conocer el proceso de la vitivinicultura, los marcos de plantación, el calendario agrícola, las variedades de cepas, los sistemas de conducción del viñedo, la arquitectura popular (barrios de bodegas, guardaviñas, lagares, conocimiento de los belezos, etc.). Y es que pocos espacios combinan tan bien, como los viñedos, los aspectos naturales, históricos, funcionales y culturales del territorio y de la sociedad que lo ha gestionado a lo largo del tiempo.

PRODUCTIVISMO FRENTE A ESTÉTICA DEL PAISAJE

El desarrollo de las denominaciones de origen liga la calidad del caldo al territorio, mientras que el enoturismo establece una unión donde el catador no solo consume vino sino también



territorio. De este modo, el turismo ayuda a la viticultura local y esta contribuye al desarrollo turístico del lugar. Pero la conjugación de diferentes intereses (producción de vino y enoturismo) nunca es fácil; requiere organización. Los cambios recientes del cultivo del viñedo, ligados a la mecanización e intensificación de la producción, implican la fusión de parcelas y la implantación de nuevas técnicas de cultivo (marcos de plantación, conducción en espaldera, riego localizado, disminución varietal), que aportan mayores rendimientos y beneficios económicos pero que difuminan la belleza del paisaje y modifican su estructura. Un estudio reciente sobre los cambios en la estructura del paisaje de viñedos de La Rioja Alta demuestra que el paisaje ha perdido heterogeneidad y las manchas se han hecho más grandes, disminuyendo la diversidad.

El paisaje de los viñedos capta cada día más adeptos, especialmente en otoño por su elevada gama cromática



Erosión tras una tormenta.

El paisaje se hace así más monótono y, quizás, más previsible. Pierde también estética, aunque todavía mantiene parte de su interés y atractivo por crear estructuras permanentes en áreas de cambios anuales, por sus formas ordenadas, por su localización en enclaves y parajes a veces complicados para el cultivo, por su variedad de tonos y gamas cromáticas, por su diversidad a lo largo del año, por ser un depósito cultural, donde caben las adaptaciones al microclima, la topografía, la diversidad edáfica y las modificaciones a lo largo del tiempo.

Es pronto aún para valorar cuáles son las principales consecuencias ambientales de la nueva estructura del paisaje, caracterizada por grandes manchas de viñedos monovarietales. No obstante, la simplificación de paisajes complejos en ambientes de topografía ondulada o ligeramente accidentada suele ser un factor importante de erosión, sobre todo cuando esa simplificación implica también la disminución del número de parcelas y su concentración. La erosión del suelo de las vides no solo supone la decapitación progresiva de un horizonte fértil, sino también la pérdida de nutrientes y el daño a infraestructuras, cuya reparación puede ser muy costosa.

Además, algunos estudios concluyen que la calidad del vino y su productividad están en relación inversa a la erosión del suelo.

Por otra parte, hay que recordar que en espacios agrícolas de dilatada ocupación humana, como es el caso de las áreas de viñedo, se considera que la disminución de la fragmentación incentiva la desaparición de especies adaptadas a paisajes en mosaico, donde alternan diferentes cultivos y pequeñas áreas de eriales, que son sustituidas por especies más comunes que se ven favorecidas por manchas más extensas. La eliminación de algunos bordes de campos suele implicar la desaparición de áreas que



actúan como corredores ecológicos con implicaciones muy negativas para la biodiversidad.

En definitiva, los cambios recientes del paisaje del viñedo plantean algunas sombras. La creciente tendencia hacia la homogeneización, desfragmentación, expansión de plantaciones en espaldera, y la migración de los viñedos desde las laderas hacia espacios llanos y más fértiles amenaza con destruir un paisaje singular, cultural y bello. Para construir un paisaje muy generalista y sin identidad, semejante o parecido a otros muchos paisajes de viñedos distribuidos por el mundo, con el agravante de que ese paisaje tradicional produce afamados vinos, lo que demuestra que no es necesario modificar el medio para conseguir un producto de calidad.

Las condiciones ambientales y el laboreo de generaciones de agricultores moldearon un paisaje heterogéneo, rico en biodiversidad y estética, único y singular; un paisaje que ha evolucionado hacia la homogeneización impuesta por la mecanización y la legislación

uniforme de la Unión Europea, lo que constituye una amenaza para el mantenimiento de los paisajes culturales del viñedo.

Una vez más es necesario reflexionar sobre el diálogo entre tradición y modernidad, entre sostenibilidad y productivismo. La transformación reciente de la vitivinicultura proporciona un beneficio económico, muy superior —quizás— al esperado hace tan solo unas décadas, pero reclama mantener la estructura y biodiversidad del paisaje. Los nuevos nichos de negocio, como el enoturismo, exigen no arruinar el paisaje que el paso del tiempo y los agricultores, con su sudor, han dibujado. La mayor producción de las cepas ha desembocado en profundos cambios paisajísticos que encierran un contrasentido: a medida que los viñedos incrementan la productividad, se simplifica la estructura del paisaje y se difumina su belleza. Un contrasentido más de nuestra sociedad que, ahora más que nunca, valora, admira, ama, teoriza y piensa sobre sus paisajes, a la vez que los banaliza, destroza y devora como jamás antes lo hizo.

PARA SABER MÁS

ELÍAS PASTOR, L.V., *El turismo del vino. Otra experiencia de ocio*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2006.

GALILEA, I., ARNÁEZ, J., LASANTA, T. Y ORTIGOSA, L., “Evolución y desfragmentación del paisaje del viñedo en La Rioja Alta (España) en el periodo 1956-2000”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 69, 2015, pp. 315-331.

LASANTA, T., INAREJOS, V.C., ARNÁEZ, J., PASCUAL BELLIDO, N. Y RUIZ-FLAÑO, P., “Evolución del paisaje vitícola en La Rioja (2000-2015): un análisis del papel de los programas de reconversión y reestructuración del viñedo”, *Investigaciones Geográficas* 66, 2016, pp. 9-25.



Viñedos en otoño.